TERRITORIO DEVASTADO



Kevin Pérez Alarcón

Círculo Rojo
EDITORIAL

María se encuentra lavando ropa en el río junto a otras dos mujeres. Ella se limita a mirar hacia el fondo, observando el agua cristalina. Saca una manta de lana del cuenco de paja que tiene detrás, haciendo caso omiso a los gestos y comentarios que hacen entre las otras dos. El cielo, que empieza a esclarecer, permite iluminar la palidez del rostro de María y hace resaltar sus almendrados ojos verdes con pestañas largas. Las tres, situadas de rodillas al borde, se abrazan a sí mismas casi al unísono cuando un golpe de aire mueve las hojas frondosas de las encinas que cubren el paisaje.

—Cómo ha cambiado el tiempo, ¿eh…? —dice la mujer de su izquierda a la vez que se frota ambas manos con ímpetu.

—Pues sí, Josefa, sí. Y tú, que estás en los huesos, seguro que lo notas aún más —responde mirando a María con una sonrisa pícara.

—Pero mujer, si estoy estupenda —le responde levantándose y girando sobre su propio eje a rápida velocidad.

—Aquí la que está estupenda es María. Aunque nunca lo reconozca. Eh, María —sigue Rosa dándole un golpecito con el hombro a esta.

—¿Cómo dices? —pregunta ella, convirtiendo la falta de color de sus mejillas en un rojizo intenso. Se recoloca los cabellos castaño oscuro en el interior de la cofia y la sujeta del cordel en la parte posterior de su cabeza.

—Ya no recordaba lo bonito que tienes el pelo, María. Aquí te puedes quitar la cofia. Estamos entre amigas —continúa Rosa a la vez que se quita la suya, dejando al descubierto su rizado cabello rubio.

—No, no. Prefiero que no… —responde a la vez que retira la suciedad de una camisa seca con una piedra.

—Va, mujer, hazme caso, que aquí no está el bonachón de tu marido —sigue elevando las cejas de manera muy pronunciada y sonriéndole a Josefa sin mostrar los dientes.

—Anda, déjala, Rosa. Le estás haciendo pasar vergüenza. El descaro que te sobra a ti a ella…

María no reacciona a estos últimos comentarios y sigue lavando ropa. Extiende la camisa mojada y enjabonada. La interioriza en el río provocando algunas burbujas que sobresalen por los lados. Esclarece el tejido de lino. Al sacarlo, se moja las medias y la parte de debajo

de la camisola que lleva puesta. Aleja la falda del borde de piedra de un tirón y se agacha para escurrirla, estrujándola con ambas manos.

—No entiendo cómo vas tan poco abrigada, María… —dice Josefa, levantándose y estirando su largo cuerpo protegido con una túnica marrón claro que le llega hasta los tobillos—. Solo con una camisola. Quiero pensar que debajo llevas por lo menos dos camisas.

—Las llevo. Lo que pasa es que, como he ido a por agua en el pozo de Horta Hivernal, he llegado a casa con mucho calor.

—¿Qué sería de nuestras vidas sin ese pozo? Es nuestra salvación —sigue ella asintiendo con la cabeza y entrecerrando sus separados y pequeños ojos café.

María se pone de pie al lado de Josefa, llegándole hasta el pico del hombro. La diferencia de estatura entre ambas es notoria.

—Por cierto, María. ¿Qué tal lleva tu marido José el huerto? —pregunta Rosa levantándose también y estirándose el jubón hasta la cintura.

—Bien, por suerte. Parece que tendremos verduras suficientes para todo el invierno —responde mientras se agacha y acaba de poner la ropa limpia dentro del cesto.

—Nosotros llevamos toda la semana comiendo caldo de pollo con patata y la verdad es que en casa estamos hartos de repetir lo mismo día sí y día también.

—Suerte tienes de comer pollo. Si yo pudiera lo engulliría todo el mes —interviene Josefa con una ligera carcajada que se tapa con la mano derecha y que mantiene unos instantes en su boca.

—Es la suerte de estar casada con uno de los artesanos más reconocidos del pueblo y de la comarca —sigue Rosa sacando pecho y subiendo el mentón.

—No es uno de los más reconocidos de la comarca… —contesta Josefa moviendo el cuello hacia el otro lado y convirtiendo sus labios en una fina línea.

—¿Que Alfonso no es…? ¿Acaso no recuerdas que el año pasado en la fiesta de ceremonias salió en el escenario junto a otros dos y fue reconocido por el Padre Abat delante de la gente de tu querido pueblo Monistrol de Montserrat? —replica inclinándose de tal forma hacia Josefa que se le abre el estrecho jubón de piel por la parte de la espalda.

—Cómo me gusta picarte, amiga —añade con los brazos cruzados, arrugando el contorno de ojos y proporcionándole una sonrisa forzada.

—Voy a hacer ver que no he escuchado nada.

—Bueno, yo me tengo que ir… —dice María arqueando la espalda para coger el cesto rebosante de ropa en su interior.

—Espera, María… —dice Rosa poniendo la mano encima de su menuda muñeca—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste carne?

—Pues no te sabría decir… Carne magra es lo último que recuerdo. Creo que tiempo atrás del invierno pasado.

—Hablaré con mi marido Alfonso por si nos sobra algo esta noche y, si puede ser, os guardaré un cazo para ti y tu familia.

—No lo sé, Rosa… —continúa María dejando caer los hombros de su pequeño cuerpo.

—Va, no seas tonta. Ya verás que tus hijos estarán encantados —insiste agitándole el borde de la manga de su camisa blanca decorada con zigzag.

—Bueno… —responde María con un tono de voz bajo y sin fuerza. Igual que su mirada carente de brillo.

Las tres mujeres suben por la cuesta que da a una explanada repleta de vegetación; un par de robles de copas amplias y troncos leñosos, un tejo de hojas verdosas lanceoladas y una extendida zarza de más de cuatro metros cubierta de flores blancas.

Pasan por un estrecho caminito rodeado de arbustos por los laterales y cruzan por el puente de grisáceos adoquines en dirección al pueblo. Atraviesan una amplia travesía antes de separarse.

José se encuentra en el pequeño huerto. El sol radiante que hace ilumina la reseca piel de su descubierto cuero cabelludo. Algunos pelos negros se perciben mezclados con otros canosos. Se quita la túnica de lana, dejándola encima de una roca en forma de triángulo que está partida por una de las tres puntas en el lado derecho. La camisa interior le va apretada y le marca los tensos músculos dorsales. Dos humeantes manchas de sudor se engrandecen como enormes gotas de agua por debajo de sus axilas. Está situado de rodillas delante de una línea de cepas y con la mano derecha va arrancando uno por uno los tomates que se hallan aferrados a las ramas amarillentas con algunos brotes en los costados. Pone las verduras en el cesto y se levanta para caminar hasta el burro que descansa bajo la sombra de un pino al otro lado del terreno desnivelado por la tierra. A medida que se acerca, el animal gira todo el cuerpo dejando enfocado el lado contrario de su lomo hacia José.

—No sé por qué te mueves tanto siempre. Eres nervioso, nervioso, nervioso —le dice al animal a la vez que lo rodea con una cadena de hierro.

Tira de él y andan hasta que se paran a pocos metros de las plantas de cebollas, tomates, zanahorias y lechugas.

José le coloca el arado a Pepito poniéndole la camella alrededor del cuello con dos varas de madera, una en cada lado del lomo. Comprueba la teja y el recortador con la mano y se sitúa detrás del équido cogiendo los mangos de las manteras.

—¡Ea atrás, ea atrás, Pepito! —exclama haciendo retroceder al animal unos pasos. Alza levemente la cama e hinca en la tierra el recortador—. Vamos, Pepito.

El animal mira de reojo para atrás y comienza a cabalgar con furia. José encorva la espalda y baja el cuerpo al máximo, arrastrando los borceguíes por la tierra.

—¡Basta, burro, basta! —exige José frunciendo el ceño y mostrando el amarillento de tres de sus dientes incisivos desalineados.

A Pepito se le contraen los músculos de las patas y sigue tirando con pujanza. La tierra se eleva de manera exagerada. De pronto frena en seco la carrera. José cae al suelo y da un suspiro de alivio. Se seca la frente baña-

da en sudor con la única parte de la camisa que no ha quedado enfangada por el revuelo de cieno y se levanta apoyando los codos en la superficie escarpada.

Se dirige a una barrica de madera forrada por varias líneas de hierro en el medio y coge un vaso flotante que hay en el interior. Lo rellena de agua teñida de un color marrón muy clarito, se lo echa en la cara y en su abundante barba emblanquecida por el exceso de canas en la zona de abajo. Se seca con un pedazo de lana de encima del techo del cobertizo.

Aparta la túnica que protege casi toda la roca y se quita la camisa, haciéndole un pliegue por el centro antes de dejarla en el lugar en el que estaba el abrigo.

Termina de rellenar el cesto de tomates, patatas y cebollas. Lo carga encima de Pepito, mirándolo fijamente a los ojos con dos grandes arrugas en la frente.

José coge al burro por la correa y ambos cruzan con prontitud la travesía que se dirige al pueblo. Pasa una carroza de cuatro ruedas y un caballo que es dirigida por un joven acompañado de una guapa mujer. Ambos andan vestidos con jubones negros decorados con un borde blanco y unas gruesas agujetas del mismo color que van desde el cuello hasta la cintura. José se para unos instantes y se queda mirando su descolorida túnica marrón, desgarrada por los antebrazos. También se ob-

serva los borceguíes pelados con un pequeño agujero en el derecho que permite ver el gris de la media que hay debajo.

José llega a su pequeña casa hecha de barro, se sitúa delante de la puerta principal de roble antiguo y entra accediendo a la primera planta. Se encuentra a María barriendo con una escoba elaborada a base de tallos de arbustos y una caña que sujeta con ambas manos. Una gran cantidad de polvo flota por el aire cada vez que su mujer desliza el escobajo de lado a lado, camuflando el campo de visión hacia el establo que está justo en la parte derecha. La escalera de piedra está iluminada por la luz cenital que baja de la ventana a cierta altura de la puerta de entrada.

—Hola, María —saluda José mientras se interioriza en el establo acompañando al burro. Le quita la correa del arnés y retira el cesto con los alimentos de encima de su espalda. El animal agacha la cabeza para beber con ansia del recipiente que tiene delante.

José se acerca a su mujer dejando huella en cada una de las pisadas por la mezcla de agua y tierra en la suela de los borceguíes.

—¿Qué te ha pasado? —interpela María a la vez que le mira los húmedos pantalones manchados de un color pardo.

—El burro, que de vez en cuando hace lo que le da la gana. Hemos comenzado a arar y ha tirado de mí como si no fuera su dueño —responde, pinzándose la barba con la mano en sucesivas ocasiones.

—¿Pero estás bien? —pregunta, dirigiendo la mirada a los ojos de José, dibujando una forma circular con los labios.

—Sí. Solo me he puesto perdido —continúa, mirando hacia abajo a la vez que abre las palmas de las manos y separa los brazos del cuerpo, formándose una uve debajo de las axilas.

—¿Y qué querías hacer?

—Quiero añadir un par de surcos al huerto. Sembraré puerros, lechugas y más tomates. El invierno siempre se nos hace muy largo y a los animales les está dando por comer verduras. No estoy seguro de que haya suficientes para el próximo año —responde, haciendo ademán de dirigirse al peldaño de arranque de las escaleras.

José sube a la segunda planta y saluda a sus hijos desde cierta distancia. Se acerca a la cama donde se encuentran tumbados Pedro e Isabel jugando con Ovi. Ambos

niños le están haciendo cosquillas al perro. El animal se extiende panza arriba con la boca abierta y las patas peludas de colores castaño y blanco dobladas.

—¡Os tengo dicho que no juguéis encima de la cama! —grita José a la vez que impulsa a Ovi con la mano hacia el suelo—. Cualquier día desmontaréis los bloques de paja y caeréis de cabeza.

—Lo siento, padre —dice Pedro con una mueca y una sonrisa forzada a modo de disculpa.

—¿Ya has ordeñado a la vaca esta mañana? —interpela José, mirándolo seriamente, sin mover una pestaña.

Pedro levanta los gruesos muslos, sacándolos de la cama de un salto y niega con la cabeza. Su cabello alborotado permite ver cómo una porción de pelos de la sien le camufla la parte superior de la oreja derecha de soplillo.

—Ni siquiera te has quitado los zapatos… Anda, ponte el pelo bien.

—Sí, padre… —responde y sale corriendo de manera dificultosa con su corpulento cuerpo cubierto por un ancho saya de lana gris desgastado por las rodillas y los codos.

—Tú puedes ir con él, Isabel.